

OBITUARIO BLANCA ZEBERIO “ORIETA” (1959-2008)

Los amigos del *Anuario IEHS* me han encomendado una tarea que nunca hubiera querido acometer y, sin embargo, de alguna manera necesito afrontar. ¿Cómo dejar asentadas en unas pocas líneas lo que sentimos ante la temprana, injusta e inaudita muerte de Blanca Zeberio (Orieta para quienes la quisimos)? No me resulta fácil pero, a la vez, es un orgullo para mí poder hacerlo aunque dudo poder afrontarlo debidamente. Y, encima, hacerlo en las páginas del Anuario.

Para todos los que la conocimos y la quisimos (y no era posible lo uno sin lo otro) Orieta fue de esas personas que no pasan por nuestras vidas sin dejar su huella. Ahora que ya no podemos compartir más su risa, su buen humor, su calidez, su sensibilidad personal y profesional... sentimos una sensación de vacío que no puede llenarse con palabras pero que obliga a encontrar algunas palabras.

Orieta comenzó sus estudios en la carrera de Historia de Tandil y los completó en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, de París.¹ ¿Los completó? Es un modo de decir, porque su curiosidad histórica excedió con creces los estudios formales aunque supo sacar buen provecho de ellos. Su itinerario profesional, personal y colectivo, como lo es todo itinerario aunque a veces lo olvidemos, muestra algo muy claro: Orieta parece que sabía que esta profesión no puede desplegarse fértilmente sino a través de un esfuerzo colectivo.

¿Cómo dar cuenta de ese itinerario? Intentaré hacerlo agrupando sus contribuciones en dos grandes fases, cada una signada por líneas diferenciadas de investigación. Primero, se concentró en el estudio del mundo social y económico de los chacareros del sudeste bonaerense. Luego, se internó en el mundo de las prácticas judiciales y, a través de ellas, en los modos en que se entablaron las relaciones siempre complejas entre las normas que regían la vida social y las prácticas de los sujetos. Entre una y otra fase hubo un claro hilo conductor que hace referencia a lo singular de su contribución, una singularidad que se hace mucho más evidente apenas se toma en consideración el contexto historiográfico que la precedía y el clima historiográfico en que se desarrolló. Ese hilo conductor que trato de poner en evidencia devenía probablemente de una fértil intuición acerca de la historia que parece haberla fascinado desde un comienzo y que no tardó en convertirse en una concepción pero también sobre

¹ Allí presentó su Tesis Doctoral en 1994: **Entre deux mondes. Les agriculteurs européens dans les nouvelles terres de l'Argentine. Exploitation agricole et reproduction sociale dans la Pampa (1880-1930)**, Paris, EHESS.

las exigencias que suponía a los historiadores. Podría sintetizarse en un conjunto de preguntas: ¿cómo actuaban los sujetos frente a las realidades que enmarcaban y constreñían sus vidas? ¿Qué márgenes de acción y de autonomía eran capaces de alcanzar? ¿Qué estrategias desplegaron para ello?

Orieta supo encontrar un adecuado foco para observar y analizar esta espinosa y elusiva cuestión y se internó en senderos prácticamente inexplorados por nuestra historiografía. Uno, en particular, ocupó un lugar relevante en sus preocupaciones: las estrategias de preservación y reproducción patrimonial. Pero lo hizo, además, centrando su atención no en los grandes propietarios agrarios sino en un universo social más diverso, más inasible y de observación mucho más dificultosa para el historiador y sobre el cual se habían construido algunas de las mitologías más densas del imaginario nacional: esos gringos chacareros que poblaron y transformaron las pampas. Acerca de la centralidad y la vigencia de ese imaginario no hace falta extenderse aquí: la hemos constatado -y sufrido- con particular intensidad en los últimos tiempos...

Lanzarse a indagar desprejuiciadamente ese universo social suponía un enorme desafío e implicaba una toma de posición frente a algunas de las controversias más significativas de nuestra historiografía hacia los años 80 y que estaban muy lejos de cerrarse para entonces. Suponía también, la necesidad de hallar un enfoque analítico e interpretativo que permitiera observar lo que hasta entonces había quedado opacado, un nuevo modo de mirar lo que otros ya habían visto y pasado por alto. La elección no pudo ser más adecuada y fructífera pues internarse en la descripción y reconstrucción de las estrategias de reproducción (productiva y familiar) de los agricultores del sudeste pampeano no sólo le permitía afrontar ambos desafíos sino inmiscuirse en el análisis de una de las cuestiones más instaladas en el sentido común de la historiografía y la sociedad argentina: las relaciones entre la inmigración masiva y las posibilidades de acceso a la tierra. Una perspectiva de este tipo enriquecía la historia agraria al introducir en el análisis los problemas y los métodos que estaba desarrollando para entonces la potente historiografía de la inmigración y la llevó a cuestionar imágenes históricas muy arraigadas sobre la situación y las posibilidades de prosperar de la gama diversa de los arrendatarios agrícolas.²

Este esfuerzo era, a la vez, personal y colectivo. El IEHS, en el que Orieta depositó sus mejores anhelos y desplegó todo su entusiasmo y energía, se había convertido en un prometedor espacio institucional para la renovación historiográfica en el cual -justamente- tanto la historia agraria como la historia de la inmigración ocupaban un lugar relevante. Ese signo innovador devenía también de otro atributo que signó las trayectorias individuales, grupales e institucionales: una inusual apertura a la historiografía internacional, al menos para lo que hasta entonces era habitual en los modos de hacer historia en nuestro país. Era un clima propicio y estimulante que permitió la realización de eventos y la aparición de publicaciones que incentivaban al

² Blanca Zeberio, "La 'utopía' de la tierra en el Nuevo Sud. Explotaciones agrícolas, trayectorias y estrategias productivas de los agricultores (1900-1930)", en **Anuario IEHS**, N° 6, Tandil, 1991, pp. 81-112 y "La situación de los chacareros arrendatarios en la pampa húmeda. Una discusión inacabada", en Raúl Mandrini, y Andrea Reguera (comps.), **Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense**, Tandil, IEHS, 1993, pp.209-241.

tiempo que canalizaban el desarrollo de las nuevas perspectivas de investigación. Y en ellas Orieta tuvo una participación decisiva.³

Pero hubo algo más: en ese clima propicio Orieta fue construyendo su propio modo de intervención historiográfica y ello quedó aún más claro en lo que me atrevo a denominar como la segunda fase de sus investigaciones. Para entonces, ya era por demás evidente su maduración profesional y Orieta se orientó a abordar un conjunto de temas y problemas tan propios como novedosos. Ya no eran trabajos que saldaban cuentas con debates precedentes y que le permitían fijar posición frente a ellos, aunque esta preocupación nunca la abandonó y su relectura permite advertir el refinamiento creciente de sus interrogaciones.⁴ Había dado un paso más y definido un campo de interés tan singular como inédito. La indagación minuciosa e imaginativa del haz de problemas que estaban vinculados a la preservación y reproducción de las familias de agricultores y de sus patrimonios le permitió internarse en la investigación de las prácticas judiciales en el medio rural, en los modos en que los sujetos sociales se vinculaban con el orden legal y jurídico y, nuevamente, aproximarse a las estrategias que desplegaron en esas instancias. Esa pretensión tenía un signo característico: se trataba de un esfuerzo creativo por superar los límites y las barreras convencionalmente establecidas entre enfoques y perspectivas y estaba orientado a enriquecer la historia rural entrecruzándola con las contribuciones de la historia de la familia y la historia jurídica.⁵ Esta nueva perspectiva de investigación la atrapó desde entonces y gracias a ella nos brindó algunos de sus más luminosos trabajos en los cuales las relaciones inestables entre lo social y lo legal, entre lo jurídico y lo cultural, comenzaron a ser indagados por Orieta con particular perspicacia y notable sensibilidad histórica.⁶

³ Por ejemplo, Blanca Zeberio, “El estigma de la preservación. Familia y reproducción del patrimonio entre los agricultores del sur de Buenos Aires, 1880-1930”, en María Bjerg y Andrea Reguera (comps.), **Problemas de la historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación**, Tandil, IEHS, 1995, pp. 155-182; Blanca Zeberio, Mónica Bjerg y Hernán Otero (comps.), **Reproducción social y sistemas de herencia en una perspectiva comparada. Europa y los países nuevos (siglos XVIII al XX)**, Tandil, IEHS, 1998; Jorge Gelman, Juan Carlos Garavaglia y Blanca Zeberio (comps.), **Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX**, Buenos Aires, La Colmena-UNICEN, 1999.

⁴ Blanca Zeberio, “La historia rural pampeana en los años noventa: ¿estancamiento o estandarización explicativa?”, en Noemí Girbal Blacha y Marta Valencia (coords.), **Agro, tierra y política. Debates sobre la historia rural de Argentina y Brasil**, La Plata, Editorial de la UNLP, 1998, pp. 81-98; Andrea Reguera y Blanca Zeberio, “Volver a mirar. Gran propiedad y pequeña explotación en la discusión historiográfica argentina de los últimos veinte años”, en Jorge Gelman, **La historia económica argentina en la encrucijada: balances y perspectivas**, Buenos Aires, Prometeo Libros/AAHE, 2006, pp. 121-136.

⁵ Blanca Zeberio, “Disputar el patrimonio. Herencia, justicia y conflictos familiares en la pampa argentina (1880-1940)”, en **Anuario IEHS**, N° 16, 2001, pp. 365-388.

⁶ Blanca Zeberio, “Los derechos civiles en la transición. Controversias jurídicas y proyectos políticos (siglos XIX-XX)”, en Marta Bonaudo, Andrea Reguera y Blanca Zeberio (coords.), **Las escalas de la historia comparada. Dinámicas sociales, poderes políticos y sistemas jurídicos**, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2008, Tomo I, pp. 285-308. También conviene leerse con atención su jugosa presentación al dossier que publicará la revista **Ley, razón y justicia** (“Introducción: La dimensión jurídica y los historiadores sociales”) que reúne algunos de los trabajos presentados en el Coloquio Internacional “Las formas del poder social. Estados, mercados y sociedades en perspectiva histórica comparada Europa-América Latina (siglos XVIII-XX)”, organizado por Orieta en Tandil el 5 y 6 de agosto de 2004 y del que tuve la suerte de participar.

Esa sensibilidad, que la maduración profesional no había limado sino por el contrario potenciado, queda en completa evidencia en el cuidadoso análisis de un fascinante caso judicial en la que estaba sumergida cuando la muerte nos la arrebató. Sus primeros avances, mostraban las cualidades y calidades de Orieta como historiadora en plenitud: sensibilidad, para analizar las evidencias y convertir los silencios y ambigüedades que ofrece la documentación en pistas e indicios sugestivos; sensibilidad, para internarse en un tema “escabroso” respetando las reglas del tratamiento documental pero también a las personas que dejaron sus huellas en esos viejos papeles; sensibilidad, para eludir lo anecdótico y pintoresquista y transformar lo episódico en significativo...⁷

Sensibilidad, como historiadora y como persona, aunque esta distinción sea sólo un recurso retórico pues la primera es imposible sin la segunda. Sensibilidad. Creo que ninguna palabra define mejor a Orieta. Toda su -inaudita e insoportablemente breve- trayectoria profesional fue un esfuerzo persistente por mejorar su desempeño personal y al mismo tiempo ayudar a la construcción de espacios colectivos, amables y enriquecedores. Así lo demostró, una y otra vez en el IEHS y más tarde en la Comisión Directiva de la Asociación Argentina de Historia Económica. Y así estaba embarcada, como siempre, junto a Andrea Reguera impulsando nuevas aventuras que otros iban (íbamos) a poder disfrutar y aprovechar: el Centro de Estudios Sociales de América Latina en la UNICEN y la Red Marc Bloch de estudios de historia comparada de Europa y América Latina.

Creo que estos emprendimientos en que Orieta estaba embarcada son por demás significativos. La primera, porque apunta a cubrir un antiguo déficit de nuestra historiografía como es insertarla firmemente en la latinoamericana pero también convertir a la América latina en objeto sistemático de estudio por parte de la historiografía argentina. La segunda, inseparable de la anterior, se orienta a desarrollar lo que de alguna manera es todavía una promesa incumplida del legado de Bloch: el desarrollo de una y diversa historia comparada. La brusca interrupción de su generosa actividad no debiera -seguramente no lo hará- interrumpir el despliegue de estas iniciativas enriquecedoras para el conjunto de la comunidad académica.

El lector ya lo habrá advertido: me unió a Orieta una larga relación de confianza y de cariño. Sólo espero que esta evidencia no lo haga desprestigiar las consideraciones anteriores. En ellas intenté ser lo más claro y sincero posible y resumir lo que aprendí de Orieta. Nunca trabajamos juntos en una institución ni nos veíamos cotidianamente. No hacía falta para sentirla cerca y disfrutar de su sensibilidad. Como en aquel frío agosto de 2004 cuando le regaló a mi hija que aún no había nacido su primer muñeco, ese conejo que sigue (y seguirá) con nosotros. Como lo hará Orieta. Ese gesto, sencillo y entrañable, evidenciaba su sensibilidad que tanto extrañamos y extrañaremos...

⁷ Blanca Zeberio, “El orden moral amenazado. Discursos, procedimientos y representaciones de la justicia y de la sociedad local a inicios del siglo XX. El caso Mateo Banks”. Este trabajo fue presentado al Coloquio Internacional de la Red Columnaria realizado en Rosario el 9 y 10 de agosto de 2007 y será publicado en Darío Barraza (comp.), **Justicias, jueces y criminales en el Río de la Plata (Siglos XVII-XIX)**, Murcia, Editum (en prensa).

Creo que somos muchos los que sentimos lo mismo sólo que yo tuve la suerte de poder decirlo en estas páginas, justamente, en su querido Anuario.

Gracias, amigos del Anuario, por invitarme a hacerlo.

Gracias, Orieta, por haberte conocido.

Raúl Fradkin